
africa
¡a
sangre
y fuego!
ANTONIO D. OLANO
Vision Libros

ANTONIO D. OLANO

ÁFRICA
¡A SANGRE Y FUEGO!

Vision Libros

África ¡a sangre y fuego!
© Antonio D. Olano
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-538-7
Depósito legal: M-

Diseño base cubierta: Marian González,
reflejandoelazul@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local
28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es
www.distribuciondepublicaciones.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

En memoria de Víctor y Luis de la Serna Répide, viajeros impenitentes, con equipaje: la amistad.

A Luis María Ansón y Alfonso Palomares, grandes conocedores de la negritud.

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada mas;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

Antonio Machado, *Provervios y cantares*

«Tarjeta de Antonio Olano desde Libia. Está en Bengasí. ¡Cómo se mueve este hombre! Tiene Olano un gran libro a escribir que podría titularse «Mi geografía».

César González Ruano,
Diario íntimo

Indice

Prólogo ... 9
Introducción ... 12

PRIMER VIAJE

Congo ex-belga - Ruanda - Urundi ... 23
«Ustedes son formidables» ... 25
Historia del viaje ... 28
El «volcán» congolés ... 36
En Ruanda - Urundi ... 51
Karusi, misión cumplida ... 62

SEGUNDO VIAJE

¡Apartheid! South Africa ... 71
Sobre un polvorín ... 73
«Llora mi patria amada» ... 80

TERCER VIAJE

Insólito: El Abbé Youlou se viste en Dior ... 87
Brazzaville ... 89
Los sindicatos sanean el país ... 96

CUARTO VIAJE

Entre el caos y la esperanza ... 103
La economía, cáncer del país ... 105
Afán de aprender ... 110
La juventud: esperanza y preocupación ... 115
Lovanium: universidad-luminaria ... 121
Españoles en el Congo ... 129

QUINTO VIAJE

La secesión 137
«Después» de la secesión 140
Ayer: contra la secesión 144
Ayer: en plena secesión 154
Ayer: capitalismo 158

SEXTO VIAJE

Hombres sin miedo 165
Después de la secesión 167
Los mercenarios 176
Pasado de los mercenarios 179
Los cascos azules 189

SEPTIMO VIAJE

Safari en Moçambique 195
Inhamacala 207
Kanga N'thole 252

OCTAVO VIAJE

La esclava del Gabón 303

Prólogo

SIEMPRE hemos tenido en España buenos escritores africanistas, que cultivaron la crónica de costumbres, el libro erudito, la corresponsalía de guerra e incluso la ficción literaria. Pero la experiencia de estos escritores se ha limitado a Marruecos, por razones de nuestra presencia allí. Lo que hemos tenido ha sido un africanismo arabista.

Por otro lado, el único contacto directo y civilizador que España ha tenido en el Africa Negra fue Guinea; y, en realidad, esa Africa Negra no ha atraído, al menos por ahora, a nuestros escritores. El escritor español ha viajado poco por el Africa Negra, contrariamente a lo que pasa con tantos escritores ingleses y, últimamente, norteamericanos. Estos han nutrido, en unos pocos años, una bibliografía extraordinariamente rica.

Yo creo que el cronista español que más ha viajado por el Africa Negra es Antonio D. Olano; y en el momento más interesante de la evolución del que solíamos llamar «continente negro»; es decir: en el alumbramiento de tantas jóvenes naciones que han ajedrezado el mapa de Africa y que tantos dolores de cabeza han levantado a las Cancillerías.

Olano tiene, para mí, el mérito, entre otros, de haber introducido la aventura en el periodismo español de hoy; quizá la única aventura que le queda al periodismo moderno, que viaja en «jets», que transmite en «telex», que se aloja en hoteles internacionales que se viste de «smoking» para asistir a las recepciones de Embajada. Esa quizá única aventura que le queda al periodismo moderno es Africa, donde todavía espera al periodista el camello o el burro o, en el mejor de los casos, el «jeep» como medio de transporte; donde pasaportes y visados pueden comprometer más que asegu-

rar; donde la cama en el suelo, debajo de un tejado de paja, en plena jungla, puede esperarle a uno como único refugio, y donde la vida puede tener un rápido y misterioso desenlace, no previsto en nuestro catálogo de muertes civilizadas.

Olano ha corrido, varias veces, esa clase de aventura en el corazón del Africa Negra; unas veces, llevando aquel insólito mensaje de García, *consistente en una paella, a un misionero español de pastoreo en Ruanda-Urundi; otras, en «safaris» por Angola y Mozambique; algunas, internándose en el «avispero» de Katanga. Millares de españoles siguieron en la prensa estas arriesgadas andanzas de Olano, cuya frenética actividad le ha valido, ya hace algún tiempo y en plena juventud, el contraer los achaques que distinguen a las gentes mas dinámicas de nuestro tiempo; gentes que toman píldoras, que nunca están sentadas, que casi no duermen y que en nuestras agendas tienen una hoja entera dedicada a los innumerables teléfonos que balizan sus correrías mundo adelante. Olano es de esta madera, de la que se cortan las biografías más trepidantes de un mundo en trepidación.*

Olano ha contribuido notablemente, en el campo periodístico, a iluminar al lector español amplias e intrigantes zonas crepusculares del Africa Negra, en el momento de la eclosión nacionalista; y lo que ha escrito tiene el irreemplazable valor de un testimonio vivido peligrosamente y contemplado con los propios ojos, que es el alma y sustancia de todo periodismo de verdad.

Con respecto a Katanga —cuyos reportajes ya conocen sus lectores—, habría, además, que clasificar e interpretar hechos y situaciones deformados por una agria polémica internacional, que recorrió el mundo entero, desde Leopoldville hasta el Cuartel General de las Naciones Unidas en Nueva York. De Katanga podríamos decir que fue el drama político más apasionante del Africa Negra y sobre el que más torrencialmente se ha escrito.

Sin embargo, cuando la Sociedad de Amigos de los Combatientes por la Libertad de Katanga, con sede en Nueva York, insertó en el The New York Times *un anuncio proclamando la aparición de un informe resultante de un viaje a la «provincia secesionista» de un profesor de la New York University, se decía que, pese*

a todo, sobre lo ocurrido en Katanga, y a partir de la última intervención de los «cascos azules» de la ONU, lo cierto es que se carecía de testimonios directos. Estuvimos entonces por escribirle a la citada Sociedad, comunicándole que, por lo menos, un periodista español había entrado en Katanga, y que a la sazón estaba publicando una serie sobre su viaje.

Creemos sinceramente que Olano ha encontrado las respuestas más objetivas a una inextricable maraña de interrogantes, en sus periplos a través del Africa Negra. Dejemos, pues, que ahora nos cuente él mismo su historia y su aventura, que es una página brillante del periodismo trotamundos para el que «nuestro hombre en Africa» está excepcionalmente dotado.

Manuel BLANCO TOBIO

Introducción

N'oubliez pas que vous l'intrus que l'on n'a pas appelé.

BRAZA

En diversas ocasiones, mi obligación de periodista profesional me llevó a los más encontrados países del Africa Negra. Cuando las páginas de este libro vean la luz, y muchos años después, Africa continuará siendo artículo de «primera actualidad». Los acontecimientos se repiten, por lo menos hasta que los pueblos africanos hayan escogido un camino real, que no les permita vacilaciones. Cuando se hayan encontrado a sí mismos. De todas maneras, el despertar de los países de la negritud tendrá que ser, forzosamente, sangriento. Han de contar los egoísmos personales, han de pesar como una lápida que recuerde los errores europeos, la sombra del colonialismo. En cada país del mundo blanco que se les quiera aliar han de ver, con recelo de gentes escarmentadas, a los blancos que pretenden adueñarse otra vez de su libertad, cuando no tienen todavía bien claro el concepto de libertad.

Son muchas las razones que me impelían a conservar este libro con su estructura de crónica periodística. Quizá el libro, en nuestro actual concepto, sea algo más intemporal, y por eso me ha sido necesario revisar mis notas, mis artículos, mis recuerdos, mis experiencias, muy minuciosamente.

Naturalmente, los hechos, los personajes, las fechas son inamovibles. No así la forma, no así el planteamiento al que, sin duda alguna, da más flexibilidad la perspectiva tiempo desde la que estructuro el libro. Mis viajes al Africa fueron, unas veces, por motivos de la política, de los acontecimientos de los países que estrenaban libertad. En otras ocasiones, el viaje a las misiones me permitió observar otras facetas de la vida africana. No me faltaron oportunidades tampoco de participar en «safaris», en grandes cacerías que me permi-

tieron conocer, quizá más profundamente y bajo una apariencia que puede parecer de frivolidad, Africa y los africanos.

30 de junio de 1960. La República del Congo ex belga [1] obtiene su independiencia. Pocas fechas después realizaba yo uno de mis diez largos viajes al Africa Negra. Al continente sobre el que mucho se especula, tanto se dispone a distancia y, desgraciadamente, poco se sabe; porque resulta pueril tratar de resolver el futuro de los pueblos sobre el papel, planificarlo como si se tratase de la estructuración de un nuevo edificio. Se suele olvidar, a menudo, en esa planificación, un elemento que también cuenta: el elemento humano.

La puerta abierta en el Congo ex belga hizo entrar vientos de libertad por el portón, entreabierto, que era la frontera de Ruanda y Urundi [2]; entonces unidas bajo una misma administración. Usumbura [3] exhibía una pretenciosa Universidad, hecha de prisa porque se acercaban las inspecciones internacionales que desembocarían en la independencia. Los «cascos azules» de las Naciones Unidas comenzaban, por aquel entonces, a hacerse notar. El 14 de julio de 1960 fueron solicitados por el Gobierno congolés —¿por qué ese afán posterior de calificarlos como intrusos?—, y veinte mil oficiales y soldados, más de mil trescientos civiles, se desplazaron a Africa. En agosto de 1960 es Moisés Tshombe quien solicita, y recibe, a los contingentes de la ONU. Más tarde los combatiría con su gendarmería y sus mercenarios. Simplemente, porque se oponen a una secesión en la que el presidente de Katanga [4] extá empeñado. Olvida que su partido —la KONAKAT— había reconocido, meses antes, que «el Congo constituye, dentro de sus fronteras actuales, un Estado independiente, en el que sus habitantes poseen una sola y misma nacionalidad».

Los acontecimientos, de los que fui testigo, discurrieron cada día con más fuerza: asesinato de Lumunba en la frontera katanguesa-rhodesiana; muerte de Dag Hammarskjold en N'Dola, la capital de una Rhodesia que ya anuncia sus propósitos de separarse de la Fe-

[1] Hoy Zaire. Independiente desde el 30 de junio de 1960.
[2] Burundi. Independiente en 1962.
[3] Buyumbura en la actualidad.
[4] Desde enero de 1963, unida al país.

deración y en la que piensa para dar forma oficial —uniéndola a Katanga— el cotizado «cinturón de cobre».

Diciembre de 1961. Me llevaron hasta Katanga unos hechos que conmueven y confunden —por lo poco claras que son las noticias— al mundo. Para unos informadores, los contingentes de la ONU son un auténtico ejército invasor, sin escrúpulos. Estos mismos informadores callan la presencia de los mercenarios, que entraron en el país en calidad de técnicos de la «Unión Minera».

Conozco, en el Congo-Brazzaville (Congo ex-francés), los momentos iniciales y difíciles del ya depuesto presidente, el Abbé Yolu, que es privado por su obispo católico de Brazzaville —cometiendo uno de los grandes errores de la Iglesia en el Congo— de decir misa y participar en oficios religiosos. Pero las negras y blancas sotanas —que este pintoresco personaje se hace confeccionar en «Chez Dior» de París— consiguen ganar primero y mantener después, ante su pueblo, el prestigio del que fue presidente, visitó luego la prisión, y no está descartado, mientras viva, de volver a participar activamente en la política de su país.

Se habla de Africa, y los mismos franceses —que juegan como nadie con las armas dialécticas—, satisfechos de su colonización, que ya llega al fin, pero pacíficamente, no tienen inconveniente en publicar los escritos anticolonialistas que les acusan y que firman un nombre que entonces nace al prestigio internacional: N'Gom. Dice: «Las inversiones de los gobiernos colonialistas no sirven para que se desenvuelvan las economías de nuestros países. Por ejemplo, la FIDES invirtió ochenta billones, en cuatro años, en el Africa occidental francesa. Durante ese mismo período de tiempo, la industria francesa vendió ciento cincuenta billones de francos, en productos, en los mismos territorios. La diferencia, o sea, setenta billones de francos, que fueron para las arcas de los colonialistas, proveen de trabajo a la población. Esta es la FIDES: una bomba de aspiración y no de alimentación de los pueblos africanos.»

El pecado del colonialismo —elevado a pecado mortal en nuestro siglo— no impide que los ciudadanos de los países colonialistas se alineen en las filas de los

que los combaten. Así, Jean Paul Sartre —hoy empeñado en la lucha contra el «apartheid» sudafricano— pregunta en el prólogo puesto a un libro de un poeta senegalés: «¿Qué es lo que esperabais cuando apartasteis la mordaza que cerraba estas bocas negras?»

Y es el poeta que merece tal prólogo (Leopoldo Sedar Senhor, actual presidente de la República del Senegal) quien sale a responder a las preguntas planteadas, a dar posible solución a los problemas objeto de encuesta sobre la unidad racial y geográfica de los nuevos países africanos, al decir:

«Lo ideal sería una nación donde la Geografía y la Historia coincidiesen, coincidieron en la étnica y en la lengua. Pero tal nación no existe en ninguna parte. Una nación se define por su voluntad común de vida en común: Es esta voluntad común, formada por el régimen colonialista, lo que ha dado origen a las nuevas naciones africanas.»

Estoy, pues, metido de lleno en las páginas de este libro, quizá atribuyéndome el papel de cronista del Continente Negro, de un inmenso territorio que dispone de gentes con preparación reciente o en trance de adquirirla, pero un Continente perfecto serio, aunque sus actitudes sean en muchas ocasiones pueriles, ingenuas o trágicamente decididas.

He vuelto a Africa con el solo objeto de completar el libro, colmado ya el capítulo dedicado a los reportajes de urgencia, de prensa, reportajes que me prestan valiosos datos para la publicación de hoy.

Volví a Africa, la Unión Sudafricana continuaba adaptando a su manera la «Biblia», y así «demuestra» que la segregación racial está ordenada por los libros sagrados.

Cuando el mundo vuelve sus ojos hacia Africa, cuando trata de paliar el drama, todavía queda una Africa alegre y confiada, aún existen países en donde la tranquilidad —efectiva o eventual— les permite pregonar, como señuelo de atracción turística, el «dolce far niente»: el turismo, los «safaris». En un mundo, un pequeño mundo de grandes consecuencias, que también he vivido, entonces y ahora, muy intensamente. El despertarse al amanecer, el salir cada mañana a la búsqueda de los trofeos cinegéticos más apreciados, el intentar que mi nombre apareciese en el libro de «Row-

land Wards», me ha permitido introducirme, sin cortapisas, en el mato, en la floresta en la que todavía —en pleno siglo XX— no está bien clasificada ni la fauna, ni la flora, ni el hombre, que contempla perplejo, en su auténtica prehistoria, nuestros alardes de civilización. Porque, realmente, a pocos historiadores se les ha brindado la oportunidad de mezclar, de parangonar, de tener a un lado y a otro, a unos metros de sí mismo, a dos civilizaciones conservadas íntegramente, a sus habitantes, a los hombres de dos culturas separadas por miles de años. Africa aún permite que contemplemos a nuestra derecha las últimas tribus prehistóricas. A nuestra izquierda, el siglo XX con su pujanza. Por un lado, las lanzas de hierro o de bambú, única defensa que se permite a los indígenas contra las fieras de la selva. En nuestras manos, los más modernos repetidores, armas de precisión, telescópicas. En los yantares de los negros, el fuego y la carne de antílope quemándose directamente en la llama. En sus bocas, las aguas de los pantanos, las aguas enfangadas, que ya no hacen mella en su salud. A nuestro lado, las conservas más recientes, las especies mejor logradas, el termo que conserva el agua helada, las bebidas frescas. Junto a sus pies descalzos, junto a su caminar despreocupado que puede durar muchos días por la selva, los modernos coches americanos que a veces pasan a poder de los negros. Entonces son ellos mismos quienes nos ofrecen el contraste espectacular, al «aparcar» a la puerta de sus primitivas «pallotas» un coche, herido en su carrocería, pero que aún exhibe sus líneas aerodinámicas y aún tiene fuerza en su motor para trasladar a familias enteras de un lugar a otro.

Pero quizá el viaje por mí realizado, que me haya dejado más huella, ha sido el que hice para completar las páginas de este libro, que tendrá mucho de miscelánea, que mezclará anécdotas que a muchos pueden parecer ligeras, con acontecimientos militares, con datos económicos, con estudios políticos de los personajes. Y es que jamás he intentado ofrecerles una idea unilateral del Africa Negra. Ni perderme en el anecdotario humano, ni encerrarme en las siempre rígidas estadísticas del potencial económico, ni convertir estas páginas en capítulos dedicados a la reseña

épica de unas guerras entre sí o contra extranjeros.

En uno de mis viajes me ha sido posible conocer ese Congo del ex-ministro Adoula, que acoge a los rusos —ya una vez expulsados del país— los admite, les rinde honores, para volver a expulsarlos después. El Adoula pidió y consiguió la continuidad de las fuerzas de las Naciones Unidas en sus territorios. Pude ver, ya cristalizado en realidades, el Africa de los Sindicatos, que empiezan a jugar un papel preeminente y determinan la caída del corrompido régimen del Abbé Yolu. Son los mismos Sindicatos que exigen al gobierno de Leopoldville una mayor austeridad.

Es el Africa del Sur, arrogante, que proclama ante el pleno de las naciones que «el Gobierno de Henrdryk Vewoerd proseguirá en su política, contra todos los que se le opongan». Quizá entonces, en momentos de asedio, de acoso, basase su desafiante postura, de país económicamente poderoso, en su potencial industrial y financiero. Tal vez al delegado Jooste le haya dado fuerzas, puntos en que apoyar sus palabras, la declaración de un hombre de la talla del presidente de la Asociación Comercial Británica, al afirmar que ciento cincuenta millones de libras, de movimiento anual, emplea Africa del Sur en Inglaterra y no le costaría trabajo invertir ese dinero en otros países. Contra las razones temporales están las espirituales, que aduce un antiguo obispo de Johanesburgo —expulsado del país por su oposición al «apartheid»— cuando manifestó que la brutal separación entre blancos y negros va a conducir a una guerra civil en la Unión Sudafricana.

Estuve en Angola y en Moçambique en el momento en que más se debatían estos nombres en las Naciones Unidas. Portugal reconoce, ante el mundo entero, que en esta ocasión no puede dejarse sorprender, y para que no se repitan los acontecimientos de Angola envía sus mejores contingentes de fuerzas al Africa, de la que no se quiere desprender. Fui testigo asimismo de la visita del presidente Américo Tomás a tierras angolanas [1].

Una lucha económica estaba desbancando a la política, y hasta al sentido patriótico, en el Africa Negra.

[1] En estos momentos en proceso descolonizador.

Muchas personas se dieron cuenta, a tiempo de rectificar, de la equívoca identificación en la que algunos pretendían englobar el patriotismo y la defensa de «sociedades anónimas» que, bajo los pabellones nacionales, consiguen la estabilidad de sus acciones en Bolsa, sin reparar que es a costa de la desgracia de muchos seres humanos. Ya son muchos los muertos que ha acogido la tierra africana, muertos negros y blancos, que han sacrificado sus vidas inútilmente, sólo para que una firma, limitada o anónima, no sufra el menor quebranto. Y todo ello bajo el pabellón y en nombre de alguna Patria.

Y en este ambiente se desenvuelve, escapando de tentáculos que pretenden estrangularla, la «negritud» que preconiza Senhor: «Pero —se pregunta— el siglo XX, ¿no es el siglo de la socialización, de la totalización del planeta Tierra? Yo deseo que continúe siendo el siglo de la «conspiración» entre los hombres de todas las razas y de todos los continentes. Tal es el nuevo sentido de la «negritud».»

Habla también de una Africa Negra que asimila la máquina sin perder su alma. Peca de conceptuoso en una frase que no corresponde a la realidad, porque el negro —lo he podido comprobar en todos los países que he recorrido— es extraordinariamente mimético. Quizá sea disculpable su mimetismo, sarampión de todos los que se independizan, emprenden una aventura grande o pequeña, siguen un camino nuevo en su vida. Africa está emprendiendo, dando comienzo a la época de las aventuras nacionalistas. Si su mimetismo continuase a través del tiempo resultaría peligroso, porque imitan y practican también la segregación que han copiado de los blancos. He oído cómo varios negros se referían, con desprecio, a hombres de su raza. Supe también del odio de algunos dirigentes negros: odio hacia los blancos. Este es el peligroso mimetismo que ya les ha precipitado en muchas catástrofes, pero que deben superar y superarán a base de cultura, su único camino de salvación.

Comprobé también —y trataré de explicarlo a lo largo de este libro, al que eran imprescindibles estas palabras a modo de presentación— cómo todavía existen personas opuestas a la aventura nacionalista africana. Ellos se basan en argumentistas, tales como

Jean-Baptista Say y Gunnar Myrdal, que dicen que el colonialismo «es un negocio fallido». Y, paradógicamente, se niegan a abandonarlo. Argumentan a base del miedo de muchos pueblos vacilantes, temerosos de su propia aventura, que, en ocasiones, han hecho manifestaciones llenas de candor, preguntas como las que escuché a un grupo de negros, desesperados con el mal rumbo de su nuevo destino:

—Pero ¿cuándo termina la maldita independencia?

Sin embargo, ahora más que nunca comprendí que no estamos viviendo, no el fin, sino el principio de la aventura.

Por eso volví una y otra vez a estos países. Deseaba comprobar el crecimiento de unos países-niños que he visto nacer: como el abuelo o el pariente desea reencontrarse con Pepito, aquel niño a cuyo bautizo asistió.

—¡Hay que ver cómo creció Pepito!

En ocasiones nos encontramos con un «Pepito» pequeño, «pero matón», como el de la copla de ese gran saber popular mejicano. Entonces, las «gracias» de Pepito entran de lleno en lo que Curzio Malaparte consideraba tragedia, y para Ionesco, humor negro.

Las naciones son siempre como Pepito. A veces nacen trabajosamente, como en un parto de los montes. Nacen con varios siglos de historia a cuestas y se convierten, no en «Pepito», sino en «Don José»: como nace con el peso de muchos años sobre sus espaldas, nace andando, como la mayoría de los animales. Anda, aunque a fuerza de ligaduras haya perdido la costumbre de andar y no sepa hacerlo demasiado bien. Entonces, las gracias de «Pepito» se convierten en «las cosas de Don José», al que tenemos que perdonar sus errores, porque en «nuestra historia particular» es un país nuevo. Las «cosas de Don José» pueden ser unos aviadores, víctimas del canibalismo en el Kiwu, unos misioneros muertos en Kongolo. Y el mundo tiene que aceptar «las cosas de Don José» con una cierta sonrisa que trata de disimular su mal humor. Bergson pide para los progresos «un suplemento de alma», y éste es necesario para tratar de convencer a «Don José» de que sus cosas no son co-

rrectas en muchas ocasiones. Se trata de hacer una labor de enderezar a «Don José», no de destruirlo. Por eso ,los preceptores —en este caso los blancos— no pueden adoptar actitudes heroicas.

Yo trataré de explicarles, a lo largo de mis páginas, cuál es el momento que yo he aprehendido, el momento de esa Africa que ocupa diariamente muchas páginas de los periódicos mundiales. Prometo no tomar partido en este libro. Voy a levantar el telón de mi teatro particular, con personajes y hechos que irán desfilando para ustedes. Aparecerán los errores y los aciertos de los blancos, las gracias de «Pepito», las «cosas de Don José». El telón mostrará un gran escenario, en el que la Historia no se detiene, que evoluciona con pasos más o menos firmes. En el fondo de este «tablado» pueden ustedes contemplar, como decoración, una desconcertante, pero esperanzadora «aurora negra», que se le presenta al mundo para los siglos futuros. Puesto que debemos convivir con ellos, hagamos por comprenderlos ya. No esperemos a que la incomprensión los convierta en enemigos irreconciliables.

Este es el libro de un periodista, esencialmente de un periodista. De un escritor que ha dedicado lo más importante de su actividad a estudiar, a recorrer palmo a palmo el Africa Negra. Sería incapaz de juzgar, pedantemente, los hechos sin moverme de mi cómodo puesto de observación, sin implicarme directamente en lo que allí ha ocurrido.

Terminaré esta presentación apoyándome en las palabras de Don Miguel de Unamuno, dirigidas a la juventud, aplicables al periodista, al escritor:

«No, yo no creo que esperemos el genio, porque esperar es rogar a Dios, pero dando con el mazo, y veo que nuestro mazo está parado... A lo sumo le aguardamos. Esperar es salir a la puerta de la casa con la luz en la mano, y escudriñar y avizorar las tinieblas exteriores y dar voces si nos responden, mientras que aguardar llama a echarse a dormir, diciéndose: Ya vendrá y dará en la puerta, y me despertará con el aldabonazo y saldré a abrirle.»

Apliquemos al periodismo las frases de Unamuno. Apliquémoslo, porque la noticia pasa entre la corriente por el regatillo que está a la puerta de nuestra

casa. Pero si no tenemos las manos bien dispuestas, para unirlas y cogerlo entre ellas cuando el tema pase ante nosotros, se nos escapará la oportunidad. El periodismo es la única espera que requiere constante vigía, continuo movimiento.

Así, no concibo el periodismo estático, de sesudos comentaristas que prentenden comprender las acciones de personas a las que desconocen. Hice muchas veces examen de conciencia sobre si podría afrontar la tarea de este libro. He he reconocer que, en el paso adelante, me ayudaron decisivamente las palabras que en su prólogo nos regala el primero de los corresponsables españoles: Manuel Blanco Tobío [1].

[1] A pie de página aclaro el cambio de nombres de países y ciudades. Haberlos corregido en la totalidad del texto equivaldría a alterar gravemente el sentido de esta crónica viajera que tiene un tiempo y un marco concreto. Tal vez en mi serie de libros «Mi geografía» un día aborde el Africa actual, cuyos nombres y problemas han variado tanto a lo largo de estos últimos años.

A. D. O.

Primer viaje

Congo ex-belga
Ruanda - Urundi

"Ustedes son formidables"

Mi primer viaje al Africa Negra fue motivado por un programa radiofónico, que me brindó la oportunidad. «Ustedes son formidables» pidió un voluntario para pasar las Navidades con un misionero español, en plena selva africana. Un misionero, el padre Alústiza, qué llevaba varios años sin contacto con nuestro país. El voluntario no fue otro que el popular actor Adolfo Marsillach. Entonces se decidió que un reportero le acompañase en su recorrido. En un principio, los alicientes del viaje se veían contrarrestados con un «contrapeso» poco agradable: para llegar en las fechas previstas al lugar donde se encontraba el Padre Blanco era necesario dejarse caer en paracaídas sobre la Misión. Fue aceptada la condición que, al final, no sería más que la consecuencia de una deficiente información. La falta de información sobre el continente africano en los países europeos, y no digamos en los americanos, es increíble. Todavía sigue pareciéndoles que Africa pertenece a otro planeta. La identifican como si se tratase de una sola nación, lo que no impide que los políticos —que no la han pisado jamás, para evitarse molestias— continúen disponiendo sobre los nuevos países, sobre su estructuración. Así, las naciones democráticas pensaron que la mejor fórmula de gobierno para las nacionalidades nuevas era la democracia. No se preocuparon en meditar si estarían preparadas para aceptar y practicar la palabra, el concepto «democracia».

El arzobispo de Elisabethville[1], M. Cornellis, es quizá uno de los pocos hombres con mayor visión del problema, que no solamente es político, sino también

[1] Actualmente Lubumbashi.

religioso. El, católico, se quejaba de la política misional dirigida desde Europa. «Se equivocan en todo. Desde el simple envío de misioneros, que debieron ser más meridionales porque los pueblos negros no aceptan la frialdad de los nórdicos, hasta en lo que ellos creen que es una gran ayuda. La Iglesia, la política africana, solamente debe ser dirigida por africanos, que son los más capacitados para comprender a los de su raza.»

Pero el gran empeño —que espero dejar bien patente a través de las páginas de este libro— no era otro que el de mandar a distancia, medir por el mismo patrón a los pueblos de la vieja Europa que a los recién liberados africanos. De ahí, de ese uso de democracia, vino el abuso. Las consecuencias de los pueblos ex colonialistas, los resultados que exhibieron ante el mundo, no pudieron ser más concluyentes:

—Aquí los tienen ustedes —vinieron a decir—. Son libres. Gozan de independencia. En las selvas vuelven al tribalismo. El país está dividido. Hay guerras de secesión. Los nuevos políticos roban a manos llenas. La administración es cero, la economía no tiene divisas que la respalden. ¿Era tan malo el colonialismo?

Y, planteadas las cosas en este escaparate, de fácil tramazón, no tendríamos más remedio que dar la razón a quienes argumentan así. Argumentos válidos, en los que la exageración no juega papel alguno. Luego ¿tienen razón los ex colonialistas? De ninguna manera, puesto que tras ese escaparate está la tienda, y aun la trastienda. En efecto, ya son libres los pueblos africanos; pero se les desposeyó de toda asistencia técnica para comenzar su libertad. Vuelven al tribalismo en las selvas y luchan entre sí. ¿Es que dejaron alguna vez el tribalismo durante la colonización? Gentes que vivían completamente libres, en estado salvaje, no fueron redimidos. Difícilmente tuvieron a su alcance la ayuda de los pueblos colonizadores. Pero hay grandes extensiones de Africa en donde esos negros, que viven solamente con lo que les ofrece la naturaleza, tienen que trabajar, por primera vez, para pagar los impuestos a la Metrópoli. Existe un país del Africa Oriental del que salen cada año millares de nativos, que marchan a trabajar en las minas de Africa del Sur. ¿Para qué?: para pagar el impues-

to a sus «tutores» y a los jefes de la tribu. El trabajo les fue mostrado, no de una manera racional, sino como obligación para cumplir sus «deberes» con una complicada administración. Y aún puedo poner un ejemplo, mucho más sangrante, del mismo país africano: al llegar a la edad militar —edad calculada, porque los negros desconocen el «papeleo»— los muchachos son obligados a pasar un largo período de tiempo trabajando en las obras públicas. En la mayoría de los casos, ellos mismos han de procurarse la alimentación: no se les paga, porque su trabajo está considerado como «servicios a la Patria».

«Los nuevos políticos roban a manos llenas». Es cierto, y está perfectamente demostrada la incompetencia política, la inmoralidad personal, de muchos de los gobernantes. Pero ¿los países colonialistas hicieron algo, en varios siglos de dominación, para preparar a los futuros dirigentes? Más adelante, en mis crónicas sobre el Congo ex-belga —ahora presentadas con la serenidad, con el tiempo que permite el libro— podrán encontrarse ustedes con ejemplos bien rotundos, concluyentes, de la falta de preparación de los indígenas.

No quiero, en modo alguno, que se crea que he tomado partido en la exposición de los hechos. Yo soy el primero en reconocer los grandes aspectos negativos de la raza negra: pasividad, poca seriedad, ninguna ductilidad ante sus inferiores, una salud deficiente, que difícilmente permite acometer grandes empresas. Claro que estos aspectos negativos pueden ser el «hasta ahora». Quizá a partir de estos momentos, tal vez dentro de cuatro, de cinco o de cien generaciones, los africanos se habrán incorporado al concierto universal con la misma capacidad, con el mismo potencial político, económico y nuclear que los restantes países. Quizá a ellos esté destinada la hegemonía del mundo. Hoy por hoy, se estrellan contra sus propios defectos, que en modo alguno trataré de paliar.

Personalmente he de decir que ante dificultades y trámites administrativos estúpidos yo mismo clamé por el colonialismo y me repetía interiormente: «¡Maldita independencia!». Obraba muy subjetivamente, me erizaba como consecuencia de molestias —grandes o

pequeñas— simplemente personales. Así se han escrito muchos libros sobre los «desastres de la independencia africana». Porque sus autores no supieron mantener jamás la objetividad. Objetividad que, a mucha distancia, a bastante tiempo de este recorrido, me es dado manejar —al menos, eso espero yo— a la hora de redactar estas páginas. Objetividad condicionada, porque lo objetivo, como la verdad, como la mentira, están repartidos entre todos los seres humanos. Nadie se encuentra totalmente en posesión de alguna de estas tres cualidades.

CUANDO mi viaje —con la grata compañía de un hombre del enorme talento de Adolfo Marsillach— fue realizado, cuando fue traducido a crónicas periodísticas, no era el momento oportuno de describir lo que era el país al que nos dirigíamos, a estas alturas dividido en luchas tribales. No era el momento de transcribir los datos adquiridos en los archivos, en nuestros contactos personales con los africanos. Sin embargo, ahora, ya en las páginas de un libro, creo oportuno comenzar con el estudio de este país —que ha de dar mucho que escribir y comentar en años sucesivos— antes de contar la pura anécdota del viaje. Anécdota que entonces contamos, a partes iguales, Adolfo Marsillach y yo. Anécdota que hoy he de limitar a mis puntos de vista en esta ocasión.

Historia del viaje

TEÓRICAMENTE íbamos dirigidos a aquel país. Pensábamos, desde el primer momento, que la primera parte de nuestra ruta sería fácil. Habíamos ol-

vidado que los horarios de las compañías internacionales no iban a regir en Africa. Todo sería distinto. De nuevo volvía a fallar el papeleo, la burocracia, el perfecto orden de las cosas, vistas desde Europa.

Nuestra primera escala era Leopoldville. Nuestra primera escala en serio, no prevista en cuanto a la necesidad de permanecer allí.

Hoy, ni a Adolfo Marsillach ni a mí nos apesadumbra el recuerdo del Congo ex-belga. Estoy seguro de que tanto él como yo lamentaríamos si no figurase ya, para siempre, en nuestro itinerario de entonces.

Pero era muy distinto el problema, muy diferente y menos claro el horizonte que se nos presentaba en Leopoldville. Hubiésemos preferido, al menos en aquellas horas de larga espera, que Leopoldville desapareciera del itinerario.

En nuestros billetes estaba bien marcado: una vez llegados a Leopoldville cogeríamos el avión de enlace a Usumbura...

La realidad era otra, y se desarrolló así:

I

—Estoy cansado. Ya no me muevo de aquí. No puedo más...

El «átense los cinturones de seguridad» fue como una tabla de salvación para Adolfo Marsillach. Es un fenómeno curioso el que los hombres que más abiertamente tienen que afrontar la popularidad sean los más grandes tímidos. Adolfo, aferrado a su asiento, del que tuve que moverle materialmente a empujones, me confesaría más tarde que lo que más le había impresionado de toda esta aventura fue la marcha y el regreso. Aquellos millares de personas, los centenares de mujeres del Club Fémina A., los periodistas gráficos y literarios, las cámaras del NO-DO y de la TVE, aterraban materialmente al hombre que prestó su voz en el más sensacional programa radiofónico, en «Ustedes son formidables», cuando Alber-

to Oliveras pidió un voluntario para pasar las vacaciones navideñas y del Año Nuevo con un misionero español, que se encontraba en el centro de Africa.

—... no puedo más...

Fue necesaria mi intervención y la de Alfonso Camorra para que Adolfo saliera de nuevo a la escalerilla a saludar a la multitud que lo aclamaba. La teatralidad fuera de escena puede encontrarse en muchos actores. Jamás la encontré en Luis Prendes, Raf Vallone o Adolfo Marsillach; sirvan estos tres como ejemplo, entre los actores que figuran en mi agenda personal de admiraciones. Por lo tanto, le costaba trabajo a Adolfo Marsillach ensayar su propio papel, repetir el saludo ante las cámaras porque el fotógrafo no entró a tiempo con su «flash». Cuando la puerta del cuatrimotor —ballena de los Jonás que preferimos el transporte aéreo— se cerró, Adolfo se derrumbó materialmente sobre su asiento. Respiró tranquilo. Se ató de nuevo el cinturón de seguridad y cerró los ojos. Creo que en los momentos en que el avión despegaba de Barajas se dio, por primera vez, perfecta cuenta de la magnitud de la aventura.

II

—Pero, ¿de verdad es usted Adolfo Marsillach?

—Sí, Alberto. Soy Adolfo.

Alberto Oliveras se resistía a creer que, auténticamente, el «Cajal» cinematográfico se ofreciese para la aventura.

Desde entonces comenzaron las inquietudes para el actor. Los trámites reglamentarios para la vacunación, los pasaportes, los visados... Todo un mundo diferente, que ante sus compañeros le hacía aparecer como el auténtico intérprete de una locura simpática, pero locura al fin y al cabo. Y las locuras son siempre peligrosas en un país en el que, como el nuestro, se olvida que lo único que nos separa de la tontería es la locura. Si una vena de locura no impulsase a la

inspiración de «Don Quijote de la Mancha», puede que nuestro héroe internacional no pasase de «Tartarín de Tarascón».

III

—Nuestra velocidad es de...

Adolfo no escuchaba la voz radiofónica de uno de los tripulantes que, como siempre ocurre en estos casos, nos iba poniendo al corriente de todos los pormenores del vuelo. Para Adolfo estaban aún presentes los últimos preparativos del viaje, la despedida entusiasta que le hicieron.

Creo que también en sus pensamientos de «última hora» debió pasar revista a mi presencia, con la que en modo alguno contaba a la hora de ofrecerse para ser él quien llevase el mensaje Pascual al padre Juan Alústiza, vasco, español, misionero, bravo, bravísimo, como más tarde le definiría el Obispo de Ngozi, monseñor Martín.

IV

—... he grabado ayer un par de programas para Radio Madrid. «Los escapados de la muerte» no pueden fallar ni un solo día. Y es necesario hacerlo todo en nuestro país para poder vivir: cine, teatro, radio, televisión...

Muy cerca de nosotros, al cuido de la paella, la azafata: una inmensa paella que Alfonso Camorra había hecho para el misionero y sus gentes. Nos llevábamos un trozo de nuestro Madrid, con el «made in Riscal». La paella que nos iba a desesperar en lo sucesivo, que nos haría concebir propósitos de abando-

no en cualquier rincón de un aeropuerto. Sin embargo, un «es de nuestro amigo Alfonso» nos hacía reflexionar y seguir adelante con la grata y a la vez difícil carga de ocho raciones.

Todos han de ser apuntes atropellados en las primeras crónicas. La aventura había tocado a zafarrancho. Lo fiamos todo a la improvisación, hasta el punto de negarnos a que el padre Daguerre —monje Blanco, hoy con destino en Madrid— nos pasase los documentales que, de las tierras a que íbamos destinados, tiene en su poder. A mí, particularmente, me gusta más que las cosas aparezcan ante mí sin necesidad de llevar ideas preconcebidas de ellas. Es la única manera de no decepcionarse uno ante nuevas experiencias; porque si Wilde dijo que la Naturaleza imita al Arte, no es menos cierto que la fantasía supera a la realidad.

LA GUERRA, al desperezo de la paz incierta, comenzó para nosotros al establecer contacto en el avión con un cirujano marroquí que estudió la carrera en Granada y que ahora iba destinado forzosamente por su Gobierno al Congo, para incorporarse a las fuerzas de la ONU, que trataban de velar para que los acontecimientos no se desbordasen. Aquel cirujano había sido llamado de improviso, casi cuando su esposa le anunció que esperaba el primer niño.

—Marruecos —nos explicó— tiene fuerzas en el Congo. En todo el país sólo contamos con sesenta médicos de nacionalidad marroquí. Con nosotros, pues, tienen que barajar los hombres que destinan para acompañar a nuestras fuerzas durante su servicio en las columnas de las Naciones Unidas.

En cuanto llegase a Leopolville le sería puesto un «casco azul» y tendría que afrontar todas las responsabilidades que el papel de mediador trae consigo siempre. Junto a nuestro recién conocido —que en principio creyó que éramos parientes, que marchábamos a reunirnos con ella en Bruselas— viaja otro médico marroquí, ginecólogo, pero que ha de olvidar su especialidad para consagrarse de lleno a la Medicina General, si su intervención fuese precisa.